

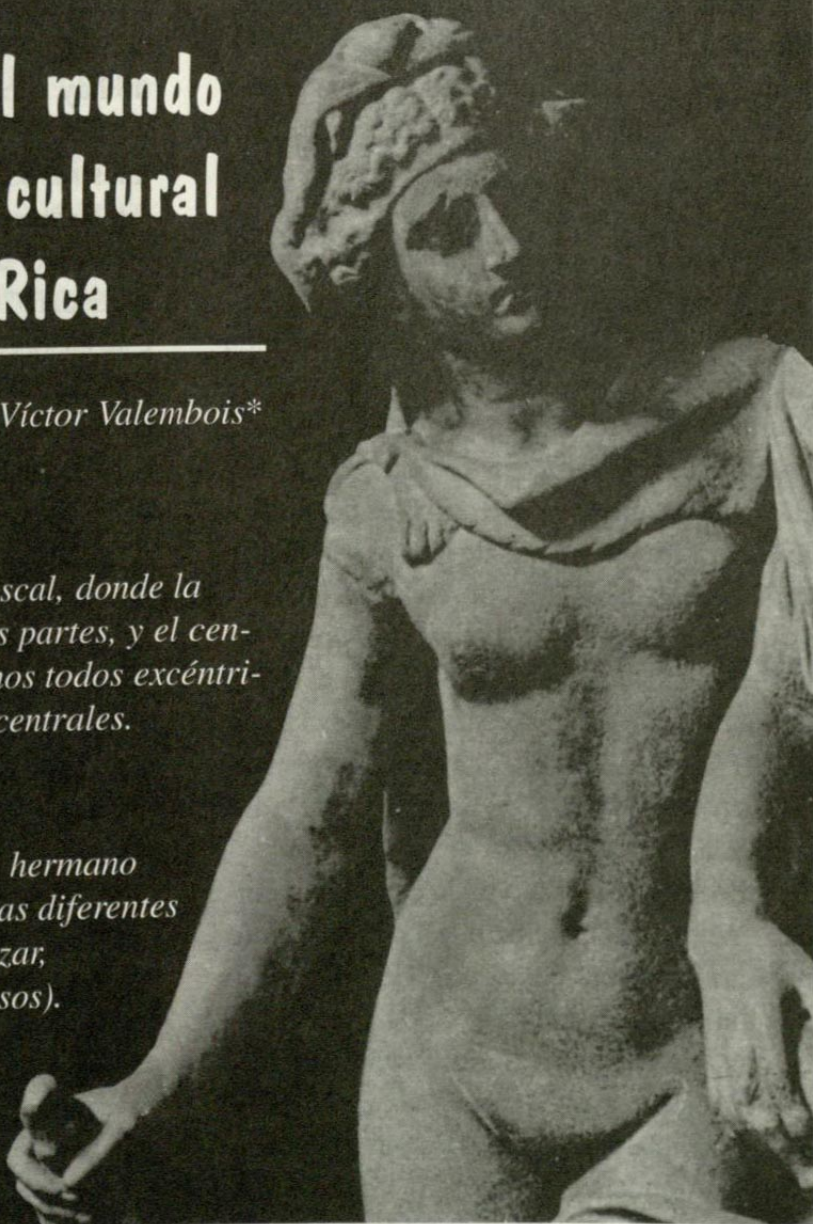
El ombligo del mundo y su vivencia cultural en Costa Rica

Víctor Valembois*

Vivimos en el círculo de Pascal, donde la circunferencia está en todas partes, y el centro en ninguna. Pero si somos todos excéntricos, entonces todos somos centrales.

Carlos Fuentes¹

Al colega Euclides Padilla, hermano académico (desde disciplinas diferentes ambos procuramos humanizar; compartiendo oficina y cursos).



1. El paso del tiempo y la inmovilidad

Quiero seguir escudriñando la realidad vivencial y artística del ser costarricense, no a la caza de placer sádico (porque al fin y al cabo

uno se encuentra dentro del mismo objeto de estudio), sino en sincera voluntad de búsqueda de alternativa. Ahondaré en una visión etiológica tomando como punto de interés una parte corporal, casualmente central pero atrofiada, para llevarla a su aplicación metafórica: se trata del ombligo y la consecuente "visión desde allí".

* Profesor de la Escuela de Estudios Generales, U. C. R.

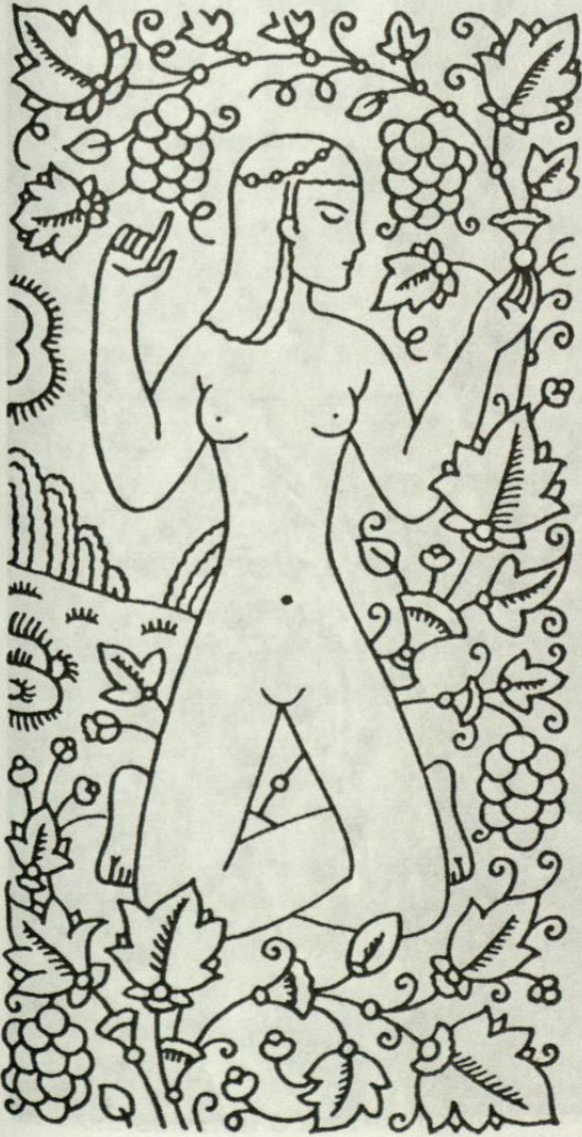
Parto de una visión "circular progresiva" que caracteriza la interpretación de Alejo Carpentier respecto del tiempo. Al explicar el postulado que subyace a su portentosa creación *EL SIGLO DE LAS LUCES*, señalaba el autor cubano: "los hombres pueden flaquear, pero las ideas siguen su camino y encuentran al fin su aplicación"² La tesis, ejemplificada portentosamente en esa misma novela (como también en los relatos cortos "Semejante a la noche" y "Camino a Santiago", ambos en *GUERRA DEL TIEMPO*), es que varones y mujeres, en un momento determinado, somos simples personajes de carne y hueso, hechos de ideales y de fracasos. Por eso tantas veces observamos, con Hegel, que las lecciones de la historia resultan ser las que menos se aprenden. Se aplica el refrán popular de que nadie aprende en cabeza ajena y, por ende, la secuencia diacrónica de generaciones parece una sarta de repeticiones. De allí lo circular, repetitivo.

Sin embargo, observando con mayor cuidado, también se percibe que a pesar de tanto tropiezo y vaivén, como un todo, la especie humana también asimila y ciertamente evoluciona. Un ejemplo, rápido: resulta perfectamente posible postular que, *mutatis mutandis*, en comparación con la actual globalización, una tendencia paralela se experimentó quinientos años ha, con el llamado eufemísticamente "encuentro de dos mundos". Pero lo uno no es la fotocopia de lo otro y, para evitar el círculo vicioso sin más, ojalá seamos capaces de sacar lecciones hasta de las deficiencias del movimiento anterior, para ajustar el tiro esta vez. Por ejemplo, conviene repasar las ideas de Montaigne y de Las Casas, del siglo XVI, ahora. No solo comprobaremos que actuaron como faros lúcidos en su

momento; al mismo tiempo constatamos que también fueron hijos de su época y así como no hay que pedir peras al olmo, tampoco cabe exigirle al autor de los *ENSAYOS* que tenga nuestra visión progresista respecto de la mujer. Respecto del segundo, sigue válido el dicho aquel de "crímenes son del tiempo y no de España". Entonces más que un círculo, en este caso, en tanto imagen de involución de la especie, aquella realidad se visualiza mejor como espiral, en dimensión tridimensional, ensanchándose por el cúmulo de ideas a partir de los que nos precedieron.

También el ombligo es redondo. Por supuesto que no me ocuparé aquí de su descripción morfológica ni de su capacidad erótica, como se deleita en describirnos Gutierre Tibón en un trabajo muy serio y exitoso, nada menos del Fondo de Cultura, de México³. El libro se disfruta por lo documentado e ilustrado, además de constituirse en especie de tratado de "onfalología", término que propongo para la ocasión, a partir de Onfalia, la reina de Lidia, "la del (hermoso) ombligo"⁴. Se presta por de pronto para ver una aplicación de lo circular respecto del ombligo, por ejemplo, en la vivencia estética y lo sensual. Históricamente hubo muchos artistas "onfalófilos" (amantes de subrayar este en sus figuras), como nada menos El Greco; también figuraron papas notorios por su "onfalofobia" (la manía de tapar los ombligos). Ambos representan tendencias contradictorias, pero evolutivas, en el renacimiento⁵. Más cerca de nosotros en el eje del tiempo, estamos apenas saliendo de casi un siglo de ridícula onfalofobia victoriana, y el umbral del siglo XXI nos pilla con el destape general, entre otros, la onfalofilia del bikini y de las blusas cortaditas para mostrar cierta redondez...

Antes de desembocar en una serie de reflexiones críticas sobre la vivencia y el consumo de “lo umbilical” en Costa Rica (punto 3), como marco interpretativo me permitiré un despliegue contextual (punto 2). Ese armazón algo tiene de lúdico, pero no deja de servirme de andamio para una conclusión (punto 4) que se impondrá, respecto de lo local: a la hora de la globalización, ese inmovilismo resultante en la manera de ver la realidad y de comportarse resulta fatal.



2. El ombligo del mundo: mito y realidad universales

No deja de ser interesante comprobar que en todas partes cueces habas pero, quizá, no exactamente de la misma manera. A continuación se desarrolla en breve la históricamente reiterada aparición de comunidades que se consideran como “ombligo del mundo” (2.1) y sobre la incidencia actual de todo ello en las lenguas occidentales (2.2).

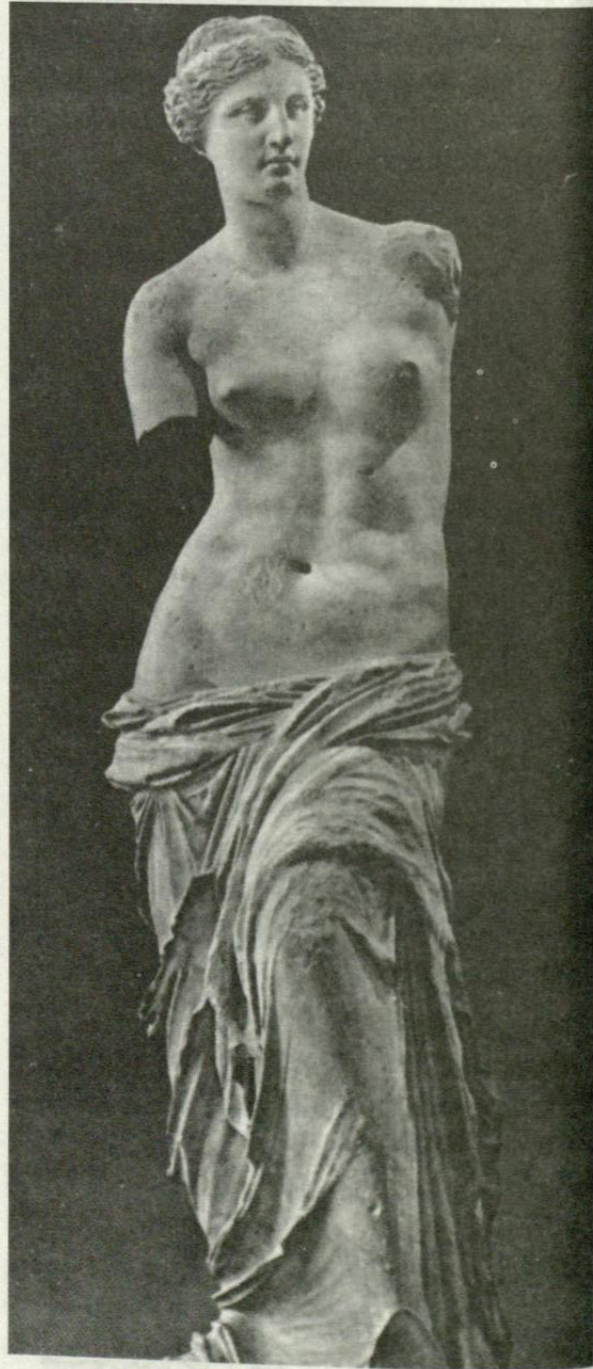
2.1. Una realidad psicológica perenne

Por lo menos cuatro ejemplos tajantes existen, por encima de tiempos diametralmente diferentes y lugares totalmente alejados unos de otro, de conjuntos humanos que a su pueblo le asignan un topónimo que, en el término mismo, refieren al ombligo, y no cualquiera sino el del mundo. *What's in a name!* exclamaba con razón Shakespeare después de que ya los latinos, con su *nomen est omen*, habían dejado patente que detrás de una etiqueta aparentemente arbitraria, inocente, puede haber una causa. ¿Qué pueden tener en común la Isla de Pascua, un lugar en la Grecia actual y dos ciudades suramericanas? A no ser que se postule un tanto ingenuamente que todos descienden de un mismo ancestro, más bien cabe preguntarse acerca del por qué esas comunidades, separadas por miles de kilómetros y océanos, bautizaron su lugar de estar, de vivir y de morir, con nombres similares, no en raíces idiomáticas, sino en reflejo de una percepción existencial.

La Isla de Pascua es un primer ejemplo: con sus 120 km², en la escala planetaria, un minúsculo huevito de pascua encontró aquel navegante holandés en el siglo XVIII. No tiene forma redonda sino triangular y no se formuló explicación completa todavía respecto de la construcción allí de más de cien megalitos, por un grupo humano a unos 3700 kilómetros al este del Chile continental al que pertenece ahora. Algunos restos arqueológicos y botánicos hacen suponer un origen suramericano de esa cultura, pero mucho queda en lo desconocido. Lo curioso es que su nombre, en idioma original, significa “ombbligo del mundo”, no precisamente por la visión planetaria y la conciencia del resto del planeta sino, todo lo contrario, por lo aislado, lo pequeño y encerrado en sí mismo, como este botón que adorna el vientre de cualquier ser humano.

A distancia colosal de allí, en términos físicos y culturales, en extraña coincidencia, otro grupo humano identificó su espacio vital “copiando” el mismo esquema mental: es el caso de Delfos, actualmente Dhírfis, sitio en la masa continental justo encima del Peloponesio. Un somero análisis lingüístico revela que *delphos* es útero, matriz y vientre, en una equiparación léxica que encontramos en cantidad de mentalidades y pueblos primitivos. Autores helenos destacados, como Hipócrates y Aristóteles testimonian en ese sentido; lo mismo, *adelphos*, término ya utilizado por Homero, significa literalmente “a partir del mismo útero”, es decir, hermano. La mitología refuerza esa reflexión al afirmar que Zeus mandó volar dos águilas desde los extremos del mundo, las cuales coincidieron en Delfos, que vino a representar el útero ya no solo de

unos individuos, sino de la tierra, el ombbligo del universo, en otra sinonimia útero = ombbligo, que haría sonreír al gremio médico. Las ruinas arqueológicas muestran todavía un templo redondo, tan circular - simbólico como la cosmovisión que le subyacía.



Quedan dos lugares igualmente de alto valor histórico - antropológico, pero situados ambos en América Latina, con la extraña asociación de topónimo y representación umbilical. El término México, en náhuatl, significa "en el ombligo de la luna". Visión extraterrestre, al fin, pero coincidente con las anteriores. Forma pareja con Delfos y especialmente con Cuzco, al comprobar que en quechua está para ombligo o vagina (otra extraña equiparación, en la mente primitiva). Todo eso es sorprendente, por reflejar percepciones paralelas a leguas y siglos de distancia. Resulta extraordinario que frente a todo lo disímil de esos lugares, por clima, ubicación, infraestructura natural u ocupación cultural, comparten un rasgo de identificación y, a la postre, de identidad en común. En lo personal, mucho llama la atención Cuzco: para muchos, lejos de ombligo o centro del mundo, más bien representa su último extremo.

Todo nace, entonces, con el punto de vista, dependiendo del "cristal con que se mire", según la conocida metáfora de Campoamor. Paralelamente, ¿por qué a esa parte del mundo en el Peloponesio griego se le consideraba el centro del mundo y en cambio otras comunidades desde siempre se consideran como excéntricas, como en caso de *Finis Terrae*, el fin del mundo, en la Galicia española? Esa última denominación proviene de los romanos que si bien conquistaron por las armas la Grecia antigua, se sentían mentalmente como una especie de apéndice de ellos, siendo en todo caso que ambos florecieron y murieron alrededor del Mediterráneo, el *Mare Nostrum* (el mar nuestro), núcleo desde el cual construyeron su (visión de) mundo. Con metáfora umbilical o sin ella, basta leer DE

BELLO GALLICO de Julio César, para comprobar que se consideraban el centro del poder y de la cultura, con la "Provincia" (la actual *Provence* francesa) en su periferia; por ende, los belgas y los africanos (a los que alude el romano), unos al norte y otros al sur de su ombligo, eran "bárbaros".

No se trata de una evolución histórica ni de una dependencia, sino que, con caracterización de lo umbilical o sin ésta, desde el nombre, en todas las culturas existe una veneración en este sentido. A las citadas muestras concordantes habría que añadir otros casos mentales, como la *Caaba* o Piedra Negra, en la Meca, el ombligo del mundo islámico. Cada una de esas realidades urbanas y civilizatorias generó, además, productos culturales; pero, incluso fuera de ellas, floreció la atención a lo umbilical. Así como los mapas al mismo tiempo reflejan y marcan percepciones del mundo, no sorprende el papel de la cartografía en todo ello. La de Mercator todavía marca muchos aspectos. A partir de la representación gráfica que este flamenco instauró, poco cuesta deducir de ella una perspectiva eurocéntrica⁶.

2.2. Huella ambivalente en diversos idiomas

Al igual que los mapas, las lenguas son, al mismo tiempo, moldes que rigen y orientan y, simultáneamente, reflejan una manera de captar el entorno. A continuación se confrontarán las principales lenguas occidentales, en un enfoque ilustrativo de lo anterior, en aplicación concreta al tema de la presente monografía. Es muy probable que la conclusión a la que se va a llegar, la equivalencia

práctica entre ombligo y centro, en ellas, también pueda comprobarse en otras lenguas. Es así como el saludo tradicional en Hawaï es: *Pehea ka piko?*, que significa “cómo está el ombligo”⁷. Las lenguas por analizar respecto de la presencia de lo umbilical suelen tener todas una marcada manera de referirse a partes visibles del cuerpo (los ojos, las orejas, etc.) y si bien es cierto se refieren a partes escondidas (como el corazón, el hígado, etc.), por lo general, poca es la riqueza idiomática en torno al ombligo, porque por razones climatológicas y culturales, solía estar tapado.

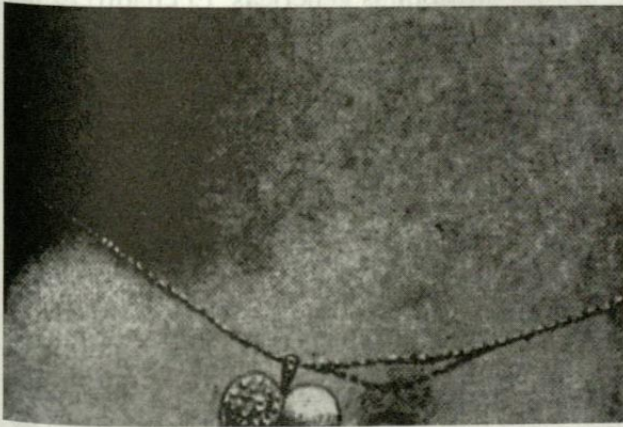
Sin embargo, pareciera que todas, sin excepción, generaron la confusión o identificación entre “ombligo” y “centro” o “medio”, no por lo redondo de la parte en cuestión, sino por su ubicación, primero físicamente en los bebés (con el cordón umbilical exactamente el centro del bultito por alimentar) y, después, por fijación cultural (pese a que las piernas suelen alargarse, sacando el ombligo de su lugar equidistante de los extremos, se mantiene la equiparación en cuestión, porque el ombligo sigue estando en el centro, esta vez entre el pecho y el pubis. Tibón, al contrario de Beatriz, aquí guía hacia las delicias y se refiere a un “eurítmico punto central entre pecho y sexo” (p. 40).

Así se perpetúa por lo menos desde el latín popular: *umbiliculus* (de allí lo “umbilical”) y *omphalos* en griego, refieren a ombligo pero, por extensión, por ejemplo en este último idioma, al botón central en un escudo, precisamente ya por la ubicación central de ambos. El francés y el español construyen exactamente a partir del mismo prisma. Por lo anterior, en sendos vehículos expresivos,

la voz “ombligo” (nombril, para la versión gala), se refiere, en primera instancia, literalmente, a una cicatriz redonda que forma una pequeña cavidad en el vientre de los mamíferos, en el lugar en donde el cordón umbilical fue seccionado; pero, en sentido figurado, ambos términos refieren con bastante frecuencia a “centro”, muchas veces con connotación negativa: tanto para francófonos como para hispanohablantes, no constituye un piropo para uno cuando le lanzan la frase según la cual se cree “el ombligo el mundo”. En neerlandés existe al respecto una metáfora, inspirada en lo circular, que señala la consecuencia: el que padece de complejo del ombligo “gira en torno al tarro”; es decir, se caracteriza por inmovilismo.

Los idiomas con ascendencia germánica parten de otra raíz pero, en forma paralela, permiten la equiparación con lo central o modular. Así, en alemán, en neerlandés y en la lengua de Shakespeare: *navel* (mediante gráfica con “b” o “v” según el caso). Curiosamente, en esta última lengua surgió más tarde un equivalente, hoy mucho más usual de “belly button” que recuerda la confusión en Delfos y en Cuzco, entre ombligo y vientre. Pero, a pura raíz germánica, el inglés muestra una variedad mayor que otros idiomas, con sendos términos, siendo que el viejo prevalece todavía entre otros en *navel orange*, *navel string*, *navelwort*; lo cual no quita que dando fe a su impresionante riqueza léxica también el inglés ostenta expresiones a partir de la otra raíz: *belly dance*, literalmente danza del vientre, por ejemplo, que los hispanos traducen más plásticamente como danza del ombligo. Curiosamente, por influencia de los griegos antiguos, tanto en los citados idiomas

clásicos, como en los románicos y germánicos, la versión positiva del “complejo del ombligo”, su terapia, se puede decir, es la apología del “justo medio” entre la defensa exacerbada de lo propio y la selectiva apropiación de lo ajeno.



3. Costa Rica y la cultura del ombligo

Hasta aquí, a partir de ejemplos en otras latitudes, se vio sucintamente qué cantidad de sitios históricos, desde el mismo nombre, se declaran “ombligo del mundo”. Valiéndonos de un anacronismo y de la mente profética de la pitonisa en Delfos, señalaría que ninguno de esos conjuntos urbanos y culturales habría estado adecuadamente listo para la globalización; a fuerza de aislamiento, no estaban preparados para la competencia que ésta exige. También se comprobó que en varias lenguas existe un curioso binomio, llamémoslo “umbilical”, entre el ombligo, como realidad física y su uso imaginado en tanto “centro” o “medio”, en un lenguaje connotado. Ahora toca aplicar todo aquello al aquí y al ahora.

3.1. El ombligo tico: realidad física y percepción estética

En este punto este extranjero incorporado, con la ventaja que tiene de ver en lo cultural tanto de cerca y de lejos, o desde ambas perspectivas al mismo tiempo, desea, auscultar la importancia del ombligo, ya no en Delfos, en Cuzco o en el Acapulco actual, sino en el país en que le tocó vivir ya la mitad de su existencia. Es curioso, al respecto un contraste: en lo inmediato, respecto de lo vestimentario usual, esta parte del cuerpo está impresionantemente presente, en todo caso en una cuarta parte de la población: calculemos un millón de ombligos femeninos y jóvenes, ya que los otros mortales (las señoras más maduritas y la población varonil) no suelen destacar con sorprendente desplante (punto 3.1.1); en cambio, en lo estético, el panorama resulta totalmente árido: ¿habría total ausencia del ombligo literario ni pictórico costarricense (punto 3.1.2).

3.1.1. Presencia omnímoda del ombligo físico

Lo benévolo del clima favorece, desde luego localmente, el endiosamiento del cuerpo femenino, con especial atención al ombligo. Frente a lo indiferente sexual que ha sido, por biología, el signo del ombligo, en todas partes, mostrarlo refuerza la relación mujer-objeto. Pero a diferencia de fuera, donde solo se admira esa anatomía cuando la gente anda en traje de baño, en el medio tropical esa cavidad sonriente de buena parte de nuestras prójimas se observa hasta en el aula universitaria.

Lamentablemente, pese a la llamada igualdad real solo la mitad femenina tiene ese privilegio, dejándolas a ellas sin el disfrute de ese en-comiable punto donde dirigir la vista...

Gutierre Tibón debería conseguir una pasantía por nuestras universidades para ver que las féminas de aquí no tienen nada que envidiar a las *garotas brasileiras*: abundan las de perfecto ombligo de Venus, redondo y profundo, existen los modelos de raya horizontal y de vertical (conocido como “ojo de gato”), algunas muestran orgullosamente un reloj que marca las doce y treinta y cinco; como en la variedad está el gusto, otras, más exquisitas, ostentan el ombligo-ojo o el “ombligo en forma de sexo en miniatura” y, en recientes promociones, está la muchacha donde en realidad no se le ve el ombliguito natural porque con la moda del *piercing*, una estúpida aguja echa a perder el paisaje. Por supuesto, la futura Miss Costa Rica debe tener un “ombligo tipo grano de café”⁸. Insisto en lo natural de esta moda. Allá el mal pensado.

3.1.2. Ausencia, casi, del ombligo como realidad estética

Sin hacer un análisis exhaustivo, Tibón da cuenta de una serie de obras, tanto literarias como pictóricas, con extraño interés en el ombligo. El CANTAR DE LOS CANTARES constituye un ejemplo bíblico notorio. No es de extrañar que frente a la realidad poética y simplemente erótica del conjunto hayan surgido sublimaciones menos “indignas” para la mente represiva. Surgió entonces su interpretación alegórica

y la cartografía anterior a Mercator, con Jerusalén como punto central, es otro derivado más pulcro. LAS MIL Y UNA NOCHES, el KAMA SUTRA son relatos de diversa geografía y categoría, pero que concuerdan en darle importancia a esa partecita anatómica que nos identifica como seres humanos, por encima de coloritos y dicotomías genéricas. El cuadro *El infierno* de Pieter Huys (flamenco como El Bosco y seguidor de su estilo), constituye otra muestra del interés por el ombligo, en este caso como centro de lo morboso y punitivo.

Pero frente a tales abundantes reflejos verbales y no verbales, artísticos todos, de plano llama la atención una casi total ausencia del tópico en el terruño. En lo pictórico, sin ánimo de ser exhaustivo, no figura prácticamente en el arte local. Las monumentales mujeronas de Max Jiménez, si acaso tienen una inocente rayita en el lugar correspondiente o muestran un



ombigo sin importancia, escuálido, por lo que en términos expresionistas, de exageración sentida, cantidad de veces ni quiera aparece⁹. En las obras de Teodorico Quirós y de Paco Amighetti también brilla por su ausencia ese tornillo humano.

El ombigo no figura en vates destacados como Julietta Dobles o Carlos de la Ossa. En cambio, aunque sea con una sola muestra, se reivindica en la literatura costarricense con una apología lírica de Laureano Albán. Por no poder reproducir todo el poema, vale la pena, de todos modos, subrayar vía los primeros renglones, que volvemos a encontrar al respecto esa fundamental ambigüedad (positivo - negativo) que subyace en el presente ensayo:

*El ombigo está ahí para quererlo.
Ahí, tan cercanito a la rojez del hombre,
que nos duele mirarlo
con su ojo solitario de un sólo año,
de ciruela que sueña ser el centro del
mundo.*

Sigue el poema, señalando *el señorío humanísimo* del asunto que, como todas las otras maravillas, merece atención del artista. De allí el verso final: *loado seas ombigo, imperfecto también, como el resto que vive, suada y muere, por dejarnos cantar.*¹⁰ Si el arte,



en cierto sentido refleja la realidad, no podríamos concluir que el ombigo no importa en la realidad local ya que todas las muestras señaladas corresponden a una sensibilidad anterior al “destape” de los últimos años.

3.2. Sinrazones para creerse “ombigo del mundo”

Esta nación tiene una serie de elementos que le permiten ser orgullosa, en el concierto de ciento ochenta y cinco estados que conforman la Organización de Naciones Unidas. Entre ellos, quizá para desarrollarlos en otra ocasión y con mayor amplitud, convendría

considerar: una fenomenal diversidad natural, una democracia "centenaria", una seguridad social que, por el hecho de seguir existiendo ya es meritoria, una original distribución de poderes, una defensa territorial sin ejército sino basada en leyes nacionales y en la adhesión a tratados internacionales. La lista podría alargarse. Existe, sin embargo, un tremendo lastre sobre esos mismos factores positivos, por otro tanto de condicionantes que, lejos de encaminar al país hacia la identidad propia, junto con una adecuada inserción en el mundo único que se avecina, lo alienan cada vez más en un complejo de lo "umbilical" que ahora paso a precisar.

3.2.1. El igualitarismo paralizante

Una primera lacra que incide en el complejo del ombligo, respecto del entorno costarricense, es el igualitarismo paralizante. No voy a retomar aquí la acusación pública a sus propios compatriotas, lanzada por una gran mujer¹¹, hace más de seis décadas, mereciendo por eso el ostracismo que, a la postre, quién sabe hasta qué punto también le causó la muerte. Al denunciar el peso inconmensurable del qué dirán y la opinión pública sobre el quehacer individual le hicieron pagar con el exilio. Pero ella todavía grita por su obra artística y sigue teniendo razón. La concepción actual de la democracia, como un mero juego electoral, ni siquiera periódico sino permanente, además de su vivencia como igualitarismo, es un problema que refuerza lo diagnosticado por esa insolente. Esta ideología conformista afecta a diario. Nada se saca, en efecto, con sobar el ombligo con aquello de una democracia centenaria (hasta

el Premio Nóbel costarricense pasó por alto la dictadura de los Tinoco). Hoy la democracia es lo corriente en la gran mayoría de los estados, cuidado, y el turista no viene por ella, sino por buenos precios, servicio y seguridad, factores todos en que, por ejemplo, varios otros países centroamericanos y antillanos entran en franca competencia con Costa Rica.

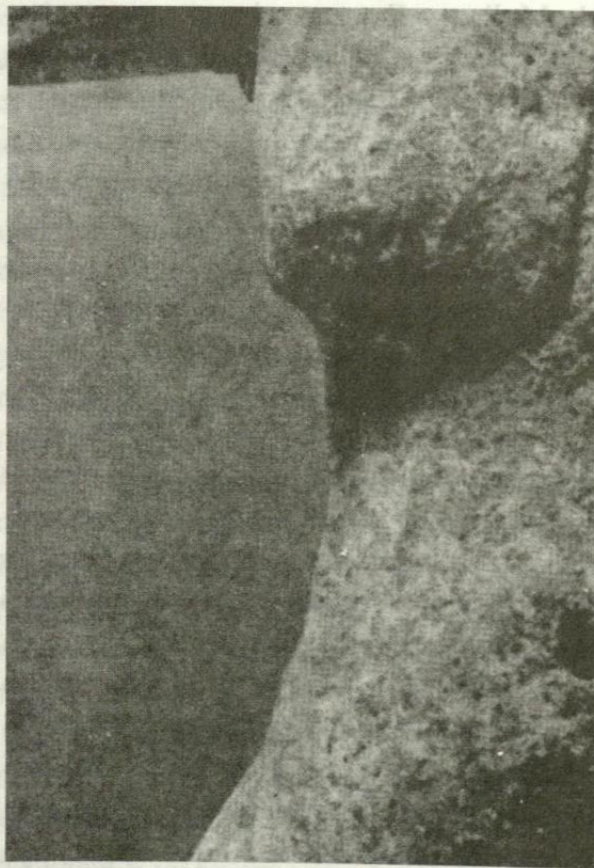
¡Qué no se subestime el peso muerto de esa nefasta tendencia! La democracia no se opone a la aristocracia del pensamiento, como el de Brenes Mesén y de García Monge; tampoco es sinónimo -y sin embargo se vive así- del pachuquismo y del hablar "más pior" que el otro. Es curioso constatar, por un lado, que la familia en términos estrictos casi no existe, cuando en cambio el barrio, la ciudad y hasta el país viven bajo el yugo del entorno, la aldea intermontana que también sigue denunciando Isaac Felipe Azofeifa¹², no precisamente la de Mc Luhan para la que el complejo del ombligo deja desamparado. Prevalece el "hidalgo de gotera", como le llamaban los hispanos: este gozaba de los privilegios de su condición solo en su pueblo, perdiéndolos si se mudaba. ¡Aquí todos se sienten gamonales! Por eso -detalles observados por un maniático perfeccionista objetará más de uno- ya no solo en Heredia sino en toda la geografía nacional se maneja al centro de carretera; por eso el mero cruce de vía, casi, sirve de parada de buses, igual que se observa en fotos de la época de diligencias; por eso los carros, sobre todos los taxis, suelen pararse justo frente a una vía de acceso, obstruyendo desde el medio. Falta todo concepto de ciudadanía (y su consecuente cultivo)¹³.

Todo eso está desembocando en una cultura del más o menos y la mediocridad como regla¹⁴. En el ambiente costarricense está mal visto destacar, como queda dicho, en el habla, pero también en la vestimenta (lo contrario sería “dominguear”, precioso verbo creado a propósito), en liderazgo (pero se prefiere la dictadura en nombre “del pueblo”), en iniciativa (la parálisis de las comisiones “ejecutivas”). Frente a la antigua sabiduría de “las medias, ni a medias” debe prevalecer también la percepción de que nadie es mediocre a medias. En nombre del justo medio, se suele hacer y se vive la apología al más o menos; en versión sarcástica de un buen tico: en vez del “todos luchan por la vida”, ¡todos serruchan por su vida!

3.2.2. *Una intolerancia bordeando el racismo*

La contemplación solo del propio ombligo genera, además, otra lacra, quizá mejor escondida, ideológicamente, que la primera. Por eso, crecida a la sombra de una amnesia general, llamada historia patria o culto a la nacionalidad o historia oficial, de vez en cuando aflora (y a ratos florece con ganas) una intolerancia de corte racista. En este sentido, asistimos respecto de Costa Rica a una curiosa variante de la gran piromanía del emperador chino Shih Huang Ti, el inventor de la amnesia histórica. Al quemar éste la memoria escrita anterior a su gobierno y de paso mandar a construir la muralla famosa, pretendió tergiversar para siempre la realidad a su favor. No hubo piras de libros por acá y ni el río San Juan ni la cordillera de Talamanca atajan los contactos humanos. Pero empeizando en las postrimeras décadas del siglo

XIX, por más de un siglo, prevaleció una funesta selectividad de la información que endoctrinó generaciones enteras, respecto de lo “blanquito” de los ticos.



Desde el punto de vista historiográfico, queda mucha tela que cortar sobre lo “diferente”, lo “pacífico desarmado” y lo “tolerante” de este conglomerado. Lo cierto es que prevaleció una sospechosa selectividad de fuentes, un anacronismo de lectura de algunos rasgos actuales, viéndolos predestinados desde hace siglos. Es como si al mesianismo del *American dream* correspondiera, en pequeño, el *Costarican dream* que primero los políticos, después la generación literaria del Olimpo y, finalmente, los mismos

historiadores oficiales se empeñaron en perpetuar. Investigaciones recientes de Elizabeth Fonseca, sobre el régimen colonial; de Elizabeth Muñoz sobre el ejército; de Víctor Hugo Acuña sobre las migraciones, así como de Molina y Fumero sobre diversos episodios grandes y chicos, han ido orientando la madeja de una manera más objetiva. Pero parece mentira que tenía que ser una novelista, sin formación universitaria (extranjera además), la que destapara la olla¹⁵.

Respecto del racismo, en todo eso el sistema educativo (junto con los medios de comunicación y la Iglesia) cumplió con la función que Althusser describió tan magistralmente: la de ser aparato ideológico del Estado. Especialmente la enseñanza primaria se instrumentalizó como enorme caja de resonancia de un *parti pris*, un pre-juicio (así, en sus dos partes constituyentes) que se instauró como la verdad objetiva, que enclaustra en vez de abrir. En suma, la mente estrecha, en lugar de abierta para fomentar la tolerancia. Si una de las características de la sociedad moderna es su diversidad, esta no se cultiva de la mejor manera en el encierro provinciano, ya que el reducto comarcal, pese a ser producto de cierta mezcolanza, hasta hace poco se ha aprendido únicamente desde el ángulo blanquito del prisma: por suerte ya se quitó aquel horrible y fascista “día de la raza”¹⁶.

Se trata de construir activamente “una diversidad cada vez más extendida y cosmopolita, en la que lo distintivo es la posibilidad de tener lo diferente a la vuelta de la esquina o en algún lugar del vecindario, sin que ello entrañe incomodidad o rechazo”¹⁷. Largo será el camino todavía, curiosamente quizá a pesar del educador, ya que este en vez de abrir los

ojos, de repente contribuye a la visión confusa, por ejemplo al inculcar respeto mítico por “nuestros” indígenas, al mismo tiempo que perpetúa un racismo en el nivel centroamericano. Estos se representaban con plumas de los Chirokees y sus defensores “blancos” celebran *Halloween* y el *Thanks giving Day*.... Cambiar actitudes es lo que más cuesta, ¿no suplicaba Omar Dengo, hace casi un siglo, dejar esa parálisis de la “Suiza centroamericana”? Pobres estudiantes, con tanto cuento educativo no saben dónde está su ombligo, si en Europa, en el Valle Central o simplemente dentro de un ascendente humano “en construcción” como proclaman ciertas páginas en la red. En la espera de aquello, cultivemos la integración multicolor, física, cultural, total y esencial: *what goes around comes around*.

3.2.3. Un nacionalismo xenóforo

Se pueden invocar “razones” históricas y explicar el asunto por el patrón psicológico rural-desconfiado que se mantiene, ahora a escala urbana; otra cosa sería justificar una especie de autismo cultural que se palpa en el ambiente. A veces es cuando, solapadamente de allí se perfila una xenofobia sutil. Extraño y hasta injurioso va a sonar el diagnóstico a gente que se proclama hospitalaria y en el discurso oficial ha hecho de la política de asilo un estandarte (de la cual no se infravaloran destacados resultados y respecto de la cual uno, de corazón, junto con los vástagos nacidos en este terruño debe estar agradecido). Pero justamente, a fuerza de contemplación de lo propio, reducido y estrecho, sin relación profunda con el otro, lo vernáculo se vuelve automáticamente normal y, por

ende, la norma; a la inversa, toda aquello y todo aquel que se diferencia o se distancia de ese patrón o molde potencialmente subversivo, viene a ser a-normal, a-típico. Lo extranjero equivale a lo extraño, peregrino “y va la cadena rompiéndose por lo más débil o lo más forastero” señala el narrador en CAMINO A SANTIAGO, el relato aludido¹⁸.

Se invocará que, dolorosamente, el complejo del ombligo y la consecuente xenofobia es inherente a cualquier conjunto humano. Es cierto, pero es cuestión de grados y lo que interesa no es descubrir por fin si efectivamente era o es El Dorado o el paraíso perdido, sino auscultar el grado de preparación de la comunidad en cuestión para la hora que es: la del umbral del siglo XXI, con la globalización y toda la parafernalia intercomunicativa que implica, nos guste o no. Aquí también el costarricense, en parte por la perpetuación de esquemas en escuelas y colegios, se encuentra con una ambigüedad vivencial, lo mismo que en el caso anterior: se palpa una enorme permeabilidad respecto del *way of life* norteamericano (en su percepción cinematográfica y el estereotipo publicitario), lamentablemente, en varios aspectos no los más interesantes; uno también ha sido beneficiario de la ventaja de ser “macho” europeo, pero en regla general, sobre todo en el contexto inmediato e ístmico, es palpable el rechazo, por el color, de lo ajeno = distinto, luego “raro” e inconveniente.

Todo residente, después de la primera impresión de apertura al otro, ha cosechado rápidamente aquel veredicto velado o abierto de “si no le gusta, váyase” o si tanto critica, ¿por qué se queda?, como también “así somos, o se acostumbra o mejor regrese a su país”. La res-

puesta refleja ingenuidad y desconocimiento más allá de su nariz (¿diré: de su ombligo?). Conocer solo su propio círculo, juzgar solo a partir de la redondez de su propio entorno, pese a códigos aparentemente “pacíficos” revela intransigencia y, peor, pasmosa falta de auto-crítica. Es la respuesta fácil de quien no puede comparar y jerarquizar lo bueno o malo de dos o más partes. El problema real nace cuando por el culto umbilical incorporado ni siquiera se percibe el peligro del encierro, lo endeble que es la identidad local por su mismo tamaño exiguo. Como el ombligo es pequeño y escondido, parece fomentar la agorafobia y el miedo patológico a la confrontación externa en términos reales, profundos, nada epidémicos. Las pruebas están a la vista. El automovilista tiene que lidiar con rotondas para liliputenses, calles angostas, todo un país sin previsión urbanística. “Pequeña aldea, gran renombre” lo caracterizaba Rabelais: todo el mundo se conoce.

De allí que ya el de otra provincia se siente –y lo hacen sentir– como diferente. Con mayor razón el que cruzó las fronteras nacionales. En algunas partes, hasta el apellido Arce es “extraño” donde todo el mundo es Rodríguez, Chaves o Chinchilla (y cuatro apellidos más). En comparación, la gente en el cono sur, con todo y cierta arrogancia nacionalista, no se muestra tan cerrada en la redacción y la pronunciación de cualquier apellido poco común. ¿Qué, cómo? “es que usted tiene un apellido raro”, “¿usted no es de aquí, verdad?” El encasillamiento es inmediato, desde esa marca familiar. ¡Este es cartago; el otro es guanacasteco; nosotros los alajuelenses...!, pero esa interesante observación, que sirve para ubicar geográficamente,

conlleva directamente patrones y encasillamientos “deductivos”. Ahora bien, no todo el mundo nació bajo los mangos o al pie de las ruinas de la antigua metrópoli. Cabe saber que existe (y tiene derecho a existir) el otro y más vale es conocerlo y valorarlo, sin juzgarlo (desde luego en esfuerzo mutuo). Este ombliguis-mo poco diferenciador se refuerza o se palpa en el hecho de no aprender y menos practicar otro idioma. Da miedo salir del ombligo: ¿qué dirán los demás? Los otros tampoco lo hacen. Van a pensar que estoy “rajando”... y sigue la niveladora dizque democrática. No hay posibilidad de crecer individualmente sin que el otro esté encima. ¿Pero cómo se puede ser otra cosa que tico? Alguien tiene que escribir una versión nueva y adaptada de las penetrantes CARTAS PERSAS de Montesquieu.

3.2.4. *Unos medios asfixiantes*

Al lado de la educación formal¹⁹, gran causante del complejo del ombligo, en su vivencia local, se encuentra el conjunto de medios de comunicación colectiva. No por su existencia en sí, faltaba más, en un país de derecho, sino por otras razones que se refuerzan entre sí. Todos prácticamente se rigen por el código omnipresente y omnipotente del dinero, del *rating* publicitario y de la “opinión pública”. Eso tampoco significa una apología o diferenciación respecto del canal estatal, si nos referimos al medio televisivo, principal pero no único, al lado de radio y demás. El SINART no ha podido ser ni remotamente lo que, en su tiempo y todavía ahora, son la BBC y otros, no solo por recursos sino por mentalidad, tal como queda reflejada en los puntos anteriores. Y el Canal 15 es invisible.



El resultado es desastroso, no tanto (o no solo) por “una cantina en cada hogar” que pronosticaba el viejo Figueres, sino por la pavorosa mostración de a-criticidad (las noticias como decálogo de “eventos” y otros chismes, imagen cuanto más amarillista mejor), frente al análisis, incluso o a pesar de algunos periodistas valiosos y valederos; la copiadera empobrecedora de los *talk shows* y las telenovelas: la ramplonería del Barrio, de la pensión y del patio trasero...; la “polada” y la polometría generalizada (“¡Hasta cuándo, Alejandro Rueda!”) después de dos décadas de funcionamiento sin contraparte generalizada. No es que los medios en Europa estén en su momento de gloria; pero allí los canales nacionales se confrontan con docenas de extranjeros y el acceso al “cable”, sin ser gratis, se considera una necesidad cívica, aparte de que la gente maneja más fácilmente otras lenguas.

En cambio aquí, prensa, radio y televisión son la concreción de la *happyness machine* que Bradbury evoca en un famoso cuento. La chupeta electrónica tiene un efecto cambiante en los patrones de cultura en todas partes, pero difícil encontrar un conjunto tan cerrado y de mal gusto, al que se acostumbró el consumidor, por no tener alternativa o por no recurrir siquiera al *zapping*. Así como, hace un siglo Papini predicaba que lo mejor era cerrar las escuelas, por no cumplir con las mínimas expectativas de liberación y de culturización, ¿será conveniente ahora proponer la clausura de las televisoras nacionales? El real problema es la falta de alternativa, de escogencia fuera de tres o cuatro canales de lo mismo, la escuela del mal gusto.... y la gente que se adormece en sus lau-

reles umbilicales por no confrontar, pensando que es una maravilla.

Lástima grande por las posibilidades enormes que ofrece la tecnología: es cuestión de admirar por un rato canales como *Discovery*, *Home and Garden* y el *Learning Channel* o programas como los de *National Geographic*, *Bouillon de Culture*, etc. ¿Captará el espectador local todavía que no todo está perdido? ¿De tanto ver mediocridad nacional y latas importadas (americanas y, a veces, peores, de TVE), al acostumbrarse a don Francisco y las bajezas de la chilindriñezca “cuatro”, de tanta extravagancia de Cristina y sus homólogos o peores locales, tendrá la sensibilidad todavía el televidente de decodificar productos artísticos, educativos y de entretenimiento no deformante? Lo dudo. En el entretanto, siga drogándose con otras redondeces umbilicales, por lo menos a nivel mental. El fútbol, por ejemplo.

Viene a la mente el diagnóstico de Dubravka Ugresic, aplicable a la realidad de ella, los Balcanes, como a esos “Balcanes y volcanes” de Sergio: *The process of successful idiotisation is possible only in conditions of isolation. (...) The first precondition is collective amnesia. (...) Narcotherapy is one method of treating psychiatric patients. In poor countries television is the cheapest narcotic, accessible to everyone.*²⁰ Eugenio Rodríguez Vega y Gaetano Cersósimo quizá no han subrayado suficientemente el peso del auto-estereotipo²¹. La auto-imagen es y hace la realidad: en una Costa Rica donde hasta su nombre constituye un contrasentido histórico (porque el eje del país no se encuentra en sus playas y todo proviene del ombligo llamado Valle Central), orgullosos

por la democracia, muy pocos habitantes en este terruño estarán de acuerdo con que a muchos se les tilde de racistas y de tener tendencias de xenofobia. Respecto de los medios, a falta de perspectiva contrastante, no se dan cuenta que (para que sean enteros...) deberían abrirse tremendamente al cambio, al aire fresco de la comparación con el vecino, no necesariamente "a la par". Cabe prestar atención a esos problemas. No son de infraestructura vial (con sus huecos que suelen ser como ombligos por doquier...), sino en realidad peores, por revelar actitudes.

4. Inmovilismo y "desombligación" mental

En la especie humana, todos nacemos con cordón umbilical. Es la doble marca de su origen: por un lado, es fuente de alimentación, por otro, se vuelve cicatriz. Pese a ello, conviene que, ojalá, muy rápidamente se corte, en lo físico y en lo psicológico. Deja un pequeño vestigio muy visual —el muñon umbilical— y, a su vez, a los pocos días, se cae solito.

Constante a través del tiempo, algunos padres guardan orgullosamente ese recuerdito en un frasquito con formol. En la primera dimensión, nos recuerda que todos somos, al fin y al cabo, mamíferos y que por allí nos alimentábamos y nos acariciaba nuestra madre, creando unos lazos indelebles. En la segunda, constituye la marca también permanente de un corte, una ruptura hacia otra etapa. Algunos quedan con el trauma de esa herida. En el plano mental (psicológico y sociológico), se observan grandes diferencias en la asimilación de esta herida inicial, de un individuo a otro, de un grupo a otro. La tesis, aplicada a Costa Rica en las últimas décadas, es que la comunidad en cuestión tarda en asimilar, en forma adulta, esa amputación.



Todos nacemos con la mirada orientada hacia cierta parte de nuestra propia anatomía (de allí el verso de Albán: “Nadie puede negar que su primer asombro fue su ombligo”): es nuestra fuente alimenticia. Eso es lo normal. Después la mayoría de los niños pasa por meses a las delicias de otra redondez: el seno materno. Queda desde luego, inevitablemente, la mirada al mundo en círculos convexos desde el ombligo: uno conoce su entorno, primero arcando la vista al ombligo (¿seremos todos budistas, en el fondo?), objeto de contemplación y de afirmación del “yo” mediante el juego admirado de cómo se llena de agua en la bañera, de cómo flota. De allí uno ve

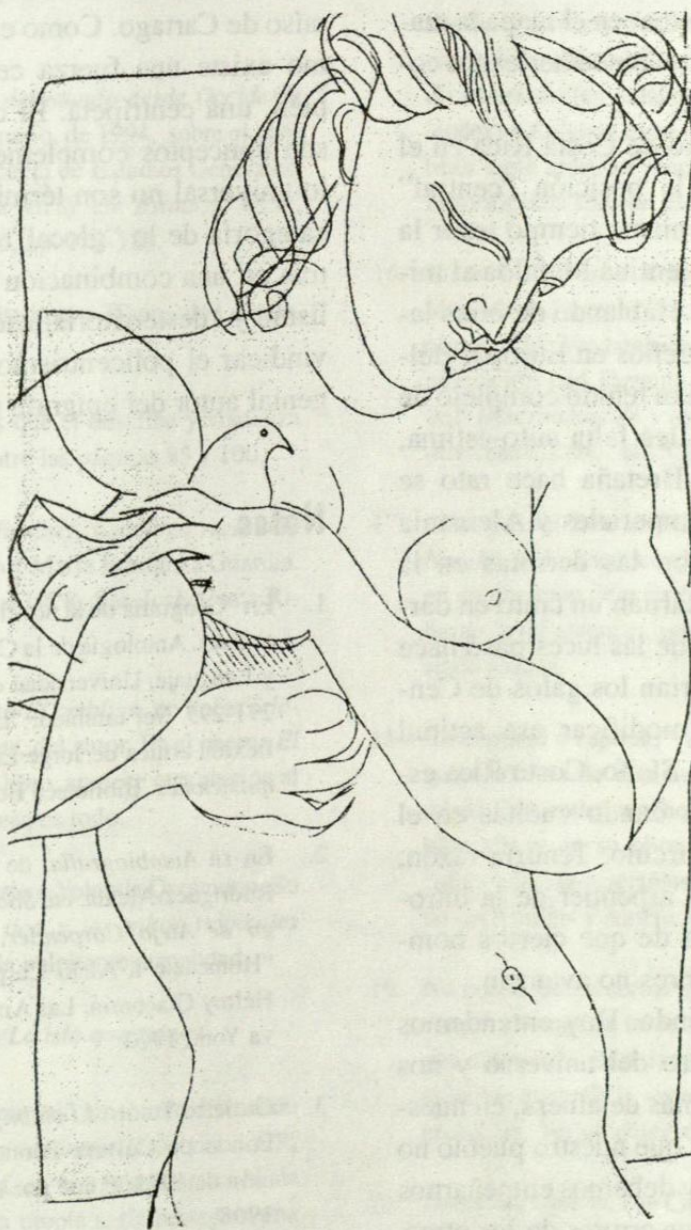
el resto del mundo. Por eso es que la *Sulamita*, dibujo de Elvira Gascón lleva visiblemente círculos concéntricos alrededor de ese cen-

tro del universo. De allí uno va ampliando horizontes, pero siempre, como no, acordándose de ese núcleo del que irradia el resto²³. Eso es

lo sano y consuetudinario; lo feo y patológico es quedarse en el ombligo y contemplarse constantemente a sí mismo y únicamente desde esta perspectiva, olvidando que hay más de cinco mil millones de otros ombligos en este planeta. A su vez, este también es redondo, pero no es el único en el universo....

La ubicación de Costa Rica, relativamente cerca del ecuador, y su posición apenas a un paso del “puente del mundo”, como proclaman los panameños, en el preciso cruce del norte con el sur y del este con el oeste, permite un osado aprovechamiento de esa interesante ubicación, por ex-

plotar desde el punto de vista antropológico, económico, turístico, etc. Pero nada de arrogancia. Es curioso, al respecto, observar cómo



La Sulamita, dibujo de Elvira Gascón, en el libro de Tibón, p. 19.

los estudiantes de secundaria saben recitar de memoria todo un historial de cantones y ubicar las provincias, divisiones por lo demás muy poco relevantes y, en cambio, son prácticamente incapaces de situar en el mapa la mayoría de los países, tanto latinoamericanos como del resto del mundo.

Viendó el botoncito de Costa Rica en el globo terráqueo, por la posición “central” evocada, conviene al mismo tiempo tener la modestia de la muy argentina Mafalda al mirar el globo terráqueo. Hablando de otras latitudes, los países pequeños en Europa, Bélgica en particular, no han tenido complejo de ombligo; al contrario, les falta auto-estima, auto-confianza. Gran Bretaña hace rato se olvidó de las ínfulas imperiales y Alemania aprendió la lección con las derrotas en la guerra. Los franceses tardan un tanto en darse cuenta que su siglo de las luces pasó hace tiempo. ¿Los ticos, serían los galos de Centro-América? De no modificar esa actitud —lo más difícil—, como Sísifo, Costa Rica está condenada a seguir dando vueltas en el mismo y centenario círculo. Tendría razón, entonces, también el Carpentier de la introducción, en el sentido de que ciertos hombres o grupos de hombres no avanzan.

El mundo es redondo. Hoy entendemos que no somos el centro del universo y nos afanamos en conocer más de afuera, en nuestro beneficio; sabemos que nuestro pueblo no es el ombligo de nada y debemos empeñarnos en aprender hasta de los errores de los otros.

En ambas dimensiones, la tecnología juega un papel catártico como medio “acercador” entre diversos y distintos núcleos, entre Polinesia y Puriscal, entre el planeta Plutón y Paraíso de Cartago. Como entre los astros, a como existe una fuerza centrífuga, hay, también, una centrípeta. El centro y la periferia son conceptos complementarios. Lo local y lo universal no son términos antagónicos: la categoría de lo “glocal” sublima esa dicotomía en una combinación inteligente de localismo y “desterritorialización”. Nos toca reivindicar el policentrismo: un reto al cual el genial autor del epígrafe nos invita.

Notas

1. En “Geografía de la novela”, en: *Fronteras e identidades*. Antología de la Cátedra de Comunicación y Lenguaje, Universidad de Costa Rica, 1998, pp. 291-295. Ver también: “La esfera de Pascal”, reflexión crítica de Jorge Luis Borges en: *Otras inquisiciones*. Biblioteca Borges, Alianza Editorial.
2. En su *Autobiografía*, de 1965, citado por Hugo Rodríguez-Alcalá, en: *Sobre El Camino de Santiago de Alejo Carpentier*, en volumen colectivo “Homenaje a Alejo Carpentier” coordinado por Helmy Giacomini. Las Américas Publishing, Nueva York, 1970.
3. Gutierre TIBÓN. *El ombligo como centro erótico*, Fondo de Cultura Económica. México, 1ª edición de 1979; citaré por la cuarta reimpression de 1998.

4. Tibón, p. 45.
5. Hago una extrapolación a partir del estudio de Tibón, quien no acuña esos términos, pero sí el de "onfalopsia", en el sentido de "onfalofilia" como yo la denominé.
6. *Mercator y la visión del mundo desde Occidente* (ponencia en un seminario, de 1994, sobre el geógrafo belga, en la Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica), en: *Estudios*. UCR, San José, N° 12, 1996, pp. 173-180.
7. Se trata de un caso citado por Tibón, obra citada, p. 109.
8. Se trata de categorías que él describe y visualiza en su libro, citado, entre las páginas 85 y 100.
9. Me inspiro en Max Jiménez, *Catálogo razonado de Floria Barrionuevo y María Enriqueta Guardia*. Editorial Universitaria, UCR, San José, Costa Rica, 1999.
10. Ver el poema completo *El ombligo*, en la *Enciclopedia de las maravillas*, del autor. En el poema *El piropo*, de ese mismo libro, aparece otra alusión al ombligo. Parece que eso es todo.
11. Me refiero, por supuesto a Yolanda Oreamuno. Su ensayo *El ambiente tico y los mitos tropicales* (1938), se mantiene de palpitante actualidad.
12. Ver su clásico ensayo *La isla que somos*.
13. Si Wim Dierckxsens escribió un ensayo disecando *Un capitalismo sin ciudadanía* (Editorial UCR, San José, 1988), quizá, en una inversión digna de Marx versus Hegel, la utopía sería perseguir una ciudadanía (mundial) si no sin capitalismo, por lo menos uno menos salvaje, "de rostro humano" (la expresión proviene de una encíclica).
14. En forma periodística me he referido a eso puntos.
15. Apenas exageradas y metafóricas son las expresiones de Tatiana Lobo en torno a la "Historia tica (como) novela de ficción" (el título de una entrevista a ella en: *El Financiero*, N° 297, Costa Rica, del 29 de enero del 2001. Los trabajos literarios e históricos de esta chilena-costarricense, tipo *Asalto al paraíso*, *Entre Dios y el diablo*, *Negros y blancos, todo mezclado* (en colaboración con Mauricio Meléndez) y *Calypso*, entre otros, constituyen valiosos hitos tanto artísticos como de denuncia contra una historiografía vista de un solo color...
16. Entre el historiador Rafael Quesada y la antropóloga María Eugenia Bozzoli hicieron buena labor al respecto. Ver también el libro del primero, en asociación con Eugenia Ibarra y Omar Hernández: *Discriminación y racismo en la historia costarricense*. Editorial UCR, 1993,
17. Palabras del Premio Nóbel Óscar Arias, en: *La Nación*, p. 15, (semana del 11 al 17 de febr. 2001), en un contexto de política de asilo que él, sin embargo, a mi entender, interpreta de manera demasado rosada.
18. En el punto o capítulo "V" del relato, según cualquier edición de esta magnífica obra de arte de Alejo Carpentier, un hombre-escritor que en su biografía y en su obra exhala toda la atención "allá - acá", concretamente entre Europa y el área de las Antillas y América Central.
19. No puedo sino recordar que el presente análisis se acopla a lo que se ha señalado en otros dos ensayos anteriores, entre otros sobre la educación, ya no como parte de la solución sino como parte del problema. Ver un número anterior de *Escena*.
20. Dubravka Ugresic, *The Culture of lies*, The Pennsylvania State University Press, 1998, pp. 210-213.
21. Véase con interés los clásicos libritos de ellos. Del primero, citaría: *Apuntes para una sociología costarricense*; del segundo, *Los estereotipos en Costa Rica*.

22. En el libro de Tibón, p. 19.
23. Por eso, en la mirada crítica que tracé sobre Constantino Láscaris, lo dibujé, desde lo tico de su vivencia por décadas, pasando por el resto de Centro-América, lo trasatlántico, etc., para llegar a la dimensión universal, simplemente humana. Ver: *La búsqueda humanística en siete círculos concéntricos (Constantino Láscaris, por dentro)*, en: REVISTA DE FILOSOFÍA de la UCR, XXXVII, (93), diciembre de 1999, pp. 429-439.

Bibliografía

Ainsa, Fernando

- 1998 "El desafío de la identidad múltiple en la sociedad globalizada". En: FRONTERAS E IDENTIDADES. Antología de la Cátedra de Comunicación y Lenguaje, Universidad de Costa Rica, especialmente p. 21, el concepto de "desterritorialización".

Fuentes, Carlos

- 1998 "Geografía de la novela". En: FRONTERAS E IDENTIDADES. Antología de la Cátedra de Comunicación y Lenguaje, Universidad de Costa Rica, pp. 291-295.

García Canclini, Néstor

- 1998 "Las identidades como espectáculo multimedia". En: FRONTERAS E IDENTIDADES. Antología de la Cátedra de Comunicación y Lenguaje, Universidad de Costa Rica, especialmente p. 81, el concepto de "reterritorialización".

TIBÓN, Gutierre

- 1979 EL OMBLIGO COMO CENTRO ERÓTICO. Fondo de Cultura Económica, México. Cuarta reimposición, de 1998.

¡SUSCRÍBASE YA!
REVISTA DE LAS ARTES
ESCENA

PUBLICACIÓN SEMESTRAL CON INFORMACIÓN DE PRIMERA
 MANO SOBRE EL ACONTECER ARTÍSTICO

ec@cariari.ucr.ac.cr

<http://cariari.ucr.ac.cr/~ec/revistas/escena/>

ESCENA